

La Evocación

25 AÑOS DESPUÉS, UNA MEMORIA PLURAL

03Nov1995/2020

De la paz de un día tranquilo, al infierno nunca antes visto

por *Mónica Jarrys y Alejandro Tissera* / Foto: *Archivo diario Tribuna*

El 3 de noviembre de 1995 amaneció caluroso en Río Tercero. Los vecinos se preparaban para un día, sin dudas, sofocante aunque faltaban varias semanas aún para el comienzo del verano. El termómetro esa mañana marcaba 37 grados.

La ciudad despertaba con su ritmo normal de casi final de año y nada hacía presagiar el desastre que se acercaba.



Los comercios ya habían abierto las puertas, los chicos colmaban las escuelas en el turno mañana en su primera hora de clases, los trabajadores estaban ya en sus puestos, y las amas de casa encaraban las tareas domésticas del día.

Pero a las 8.55 de la mañana una primera explosión seguida por una columna de humo negro, hizo girar las miradas hacia la Fábrica Militar. La detonación no fue tan potente y se asemejaba a las que en los años '70 y '80 se escuchaban casi cotidianamente provenientes del polígono de tiro, cuando se realizaban las pruebas a las piezas de artillería (cañones y morteros) y proyectiles que se fabricaban.

Las primeras impresiones apuntaban a un incidente menor, quizá la explosión de una garrafa o tanque; un accidente laboral quizá, mientras se comenzaban a escuchar las primeras sirenas de los bomberos que ya se dirigían al siniestro.

Pero a los cinco minutos esa percepción cambió rotundamente. Una serie de potentes detonaciones comenzaron a sucederse, diseminando con violencia por toda la ciudad, fragmentos incandescentes de miles de proyectiles de guerra de varios calibres, y algunos casi enteros que cayeron sobre casas, patios, jardines, plazas, autos y calles.

La primera explosión ocurrió en la Planta de Cargas (lugar donde se cargaban los proyectiles con el explosivo trotyl) donde se originó un incendio en un tambor, y las tres más potentes en los cinco depósitos o "polvorines" que estaban atestados de municiones en una zona muy próxima a la urbana entre los barrios Las Violetas y Escuela. En menos de media hora sobrevino el infierno.

Los primeros fallecidos identificados el 3N fueron seis, heridos gravemente por el golpe de las esquirlas y ataques cardiovasculares: Laura Andrea Muñoz (27 años), Romina Marcela Torres (15), Leonardo Solleveld (32), Aldo Vicente Aguirre (25), Hoder Francisco Dalmasso (55), y José Andrés Varela (46). Días después se sumaría la séptima víctima fatal: Elena Ribas de Quiroga (52) quien permanecía internada en grave estado en una clínica de la ciudad de Córdoba.

Los heridos fueron aproximadamente 300 de distinta consideración: desde cortes leves y profundos, hasta la amputación de miembros en pocos casos, pérdida de un ojo en el caso de una docente de la escuela Superior de Comercio, ubicada a pocas cuadras del epicentro del estallido, y unas cuantas deficiencias auditivas permanentes.

Las ondas expansivas sacudieron a toda la ciudad con un brutal impacto sobre las personas, casas y edificios y provocaron la autoevacuación de unos 20 mil vecinos, 5200 de los cuales no pudieron volver a sus casas en varias semanas. La mayoría huyó hacia el sur o al este, a campos, domicilios de parientes y poblaciones vecinas.

Los daños materiales fueron cuantiosos. A excepción de los inmuebles más cercanos que resultaron destruidos por completo, la onda expansiva con ráfagas de aire caliente, destruyó vidrios, ventanas, puertas, mamposterías, agrietó paredes, derribó postes de alumbrado, etc.

Al menos unas seis manzanas próximas a la portería número uno de la Fábrica y desde la calle Arenales hacia el sur en barrio El Libertador, Escuela, Las Violetas y complejo Petroquímica, quedaron arrasadas. Barrio Cerino se sumó a los sectores más afectados dentro de la llamada "zona roja", una gran área de exclusión que fue cerrada por varios días en la que la policía y la Gendarmería no permitían el ingreso ni la circulación de nadie. Milagrosamente el polo químico no fue afectado severamente.

La sucesión de grandes y continuadas explosiones duraron escasos 20 minutos. Pero las detonaciones ya más pequeñas se sucedieron durante todo el día en el epicentro de la deflagración, donde grandes cráteres quedaron como evidencia de la potencia del desastre, cuya investigación judicial comenzó con la hipótesis de un accidente y terminó comprobándose el atentado dentro de unas de las causas más graves de corrupción de la historia: el contrabando de armas al exterior.

Gracias a la lucha de Ana Gritti, viuda de Hoder Dalmasso, se comprobó que las explosiones fueron programadas y organizadas criminalmente para disimular el faltante de proyectiles de guerra que se habían vendido ilegalmente a Croacia y Ecuador.

Fue la mayor tragedia local y una de las más brutales cometidas en el país, pero a la vez un milagro hizo que no se produjeran más víctimas fatales, ante una autoevacuación masiva -sin ningún tipo de preparación por la inexistencia de planes de defensa civil-, sin casi accidentes en su rápido y sostenido desarrollo.